



18 Santiago, octubre de 1997

PUNTO FINAL 405

Literatura

(24.10.97) 000144909

Rubén Azócar, el olvido injusto

Rubén Azócar fue un escritor de valía, muy olvidado en los días actuales, autor de una novela de la cual no se puede prescindir en el estudio de la prosa chilena, *Gente en la Isla*, habitante en los últimos tramos de su vida, de una casona con fisionomía parroquial, con huerta, mastines y jaulas de pájaros, ubicada en los terrenos que fueron antiguos latifundios santiaguinos. Si ibamos por una calle de la capital, nos encontrábamos, de improviso, con el novelista Rubén Azócar que podía saludarnos con una sonrisa apenas esbozada o con treguedad, según fuera la impresión que tuviera de nuestra conducta política. El podía acudir a una librería a comprar sobres a fin de enviar saludos fraternales a los más famosos escritores de América, con quienes mantenía correspondencia, pero Azócar era escritor sencillito, de una modestia que se avenía con el carácter del chileno clásico.

Hijo entre muchos hijos, de un maestro de Concepción que no pudo o no quiso enseñar las primeras letras a otro escritor sorprendente, Juan Sánchez Guerrero, porque de niño mostraba una verruga en la cara, Azócar se educó en el Seminario Conciliar de la capital del Sur. Algunos de los compañeros de su misma edad, con quienes él se tutaba y jugaba fútbol en la adolescencia, llegaron a ser obispos, mas Rubén era un luchador de izquierda y aunque parecía ser en el fondo un cristiano integral, militaba entre los fieles devotos del marxismo. Pero lo que nos interesa señalar es que Rubén no era literato en el sentido temible que a veces damos a esa condición. Su escritorio se encontraba tan desordenado como la bárdilla de un estudiante y una visita observadora que no supiera cuánto representaba en nuestra literatura, habría pensado que el dueño de ese escritorio donde nadie, al parecer, escribía, era alguien muy importante, al mirar su efigie pintada por Ortiz de Zárate y otros vigorosos pintores nacionales. Un problema que se presentaba a los fieles amigos de Azócar y a los carteros que le llevaban correspondencia de diversas partes del mundo, eran sus mastines. Los perros de Azócar, finos, estiletes pastores alemanes, tenían unas fauces feroces y no era fácil infundirles confianza. Habitualmente, sufrían de hambre.

La personalidad de Azócar se agrandaba en el extranjero, como si se liberara de su retramiento insular que entre nosotros le permitía ocultar su desbordada bondad interior. Recuerdo que cuando viajamos a Mendoza, allá por el año 1958, a un congreso de escritores argentinos,

Azócar llevaba entre sus bártulos una garrafa con "agua oxigenada", según nos decía muy en secreto, que era sólo fragante aguardiente, del mejor producido en Chile, allá por las bellas tierras del Norte Verde. Pero aquella garrafa de aguardiente, oxigenada por los aires limpios de la cordillera, habría de ser bebida en un grupo fraternal de escritores chilenos, guatemaltecos, argentinos, uruguayos. En otro caso, la libación habría carecido de significado, estaría desprovista del halito generoso de fraternidad imperativo en muchos asuntos nacionales. Rubén Azócar se encargó de hacer correr la voz de su invitación muy en secreto y en la noche se había congregado un grupo no muy vasto; en ciertos casos la excesiva asistencia es dañina- en uno de los más gratos rincones del hotel donde nos alojábamos. Recuerdo con nitidez el rostro grande, como de ídolo azteca, de Miguel Angel Asturias, los ojos miopes de Marta Brunet, encima de su sonrisa y de la dulzura de su voz; la risa contenida y sagaz de Volodia Teitelboim cuando Azócar cerró la puerta de la sala, temeroso tal vez de que apareciese alguna comisión de alcoholeros, de aquéllas que sólo abundan en ciertos barrios santiaguinos.

Rubén Azócar nació en Arauco el 25 de marzo de 1901. Concluidos sus estudios en el Seminario de Concepción, hizo cursos especiales de gramática castellana, historia de la literatura española y en particular de la literatura chilena. Fue también alumno de la Facultad de Derecho, pero no llegó a graduarse. Completó el curso de pedagogía, recibiéndose de profesor de Estado en la asignatura de castellano (gramática y literatura). Su única novela, *Gente en la Isla*, la escribió cuando enseñaba en un liceo de Chiloé. Esta obra le valió el Premio Municipal de Novela, correspondiente al año 1939. El poeta Pablo Neruda afirmó que *Gente en la Isla* es una de las mejores novelas que se han escrito en Chile, "juicio exagerado, pero que saca al autor de la penumbra", según Alone. Radí Silva Castro explica que *Gente en la Isla* "está dedicada a narrar la vida humilde de Chiloé, con grande y prolífico estudio de las costumbres locales y en estilo atractivo. Es cierto que a los chilotas no les ha gustado- agrega el crítico- tal vez por la franqueza con que el autor cuenta lo que vio en aquella tierra, pero en todo caso es novela bien observada



Foto: Soledad Achával

y escrita con brío y despejo singulares..."

A su vez, un novelista y crítico joven, Antonio Rojas Gómez, escribe en el "Informativo Literario" No 412 de la SECH el 4 de abril de 1995, "¿Cuántos de los actuales lectores la conocen?" (Se refiere a *"Gente en la Isla"*). Por sus méritos es una obra que debería reeditarse periódicamente y hay ahí un desafío a nuestras editoriales. Que yo sepa, Andrés Bello aún no la incluye en su Club de Lectores, ni figura en los planes de Zig-Zag".

En *"Gente en la Isla"* están vistos los chilotas por un escritor que fue maestro entre sus islas y que se les parecía físicamente y hasta en su idiosincrasia, a pesar de no haber nacido en Chiloé. El anhelo de cambio propio de los chilotas, el amor al mar que les trae y puede llevarlos a la aventura soñada. Todo escrito en una prosa sencilla, como si hablara en voz baja, en el corredor de su vieja casona.

Rubén Azócar falleció el 9 de abril de 1965, a las 17.40 horas en la Clínica Boston de Santiago, enfermo de un cáncer pulmonar. La noche antes de morir, su imaginación fabuladora le permitió ver a la Muerte que venía a buscarlo, junto a su cama. Acaso guiado por esa misma intuición, despidió a Ricardo A. Latcham en su funeral unas semanas antes de seguirlo en el viaje misterioso ●

LUIS MERINO REYES

Rubén Azócar, el olvido injusto [artículo] Luis Merino Reyes.

Libros y documentos

AUTORÍA

Merino Reyes, Luis, 1912-

FECHA DE PUBLICACIÓN

1997

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Rubén Azócar, el olvido injusto [artículo] Luis Merino Reyes. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

[Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile](#)